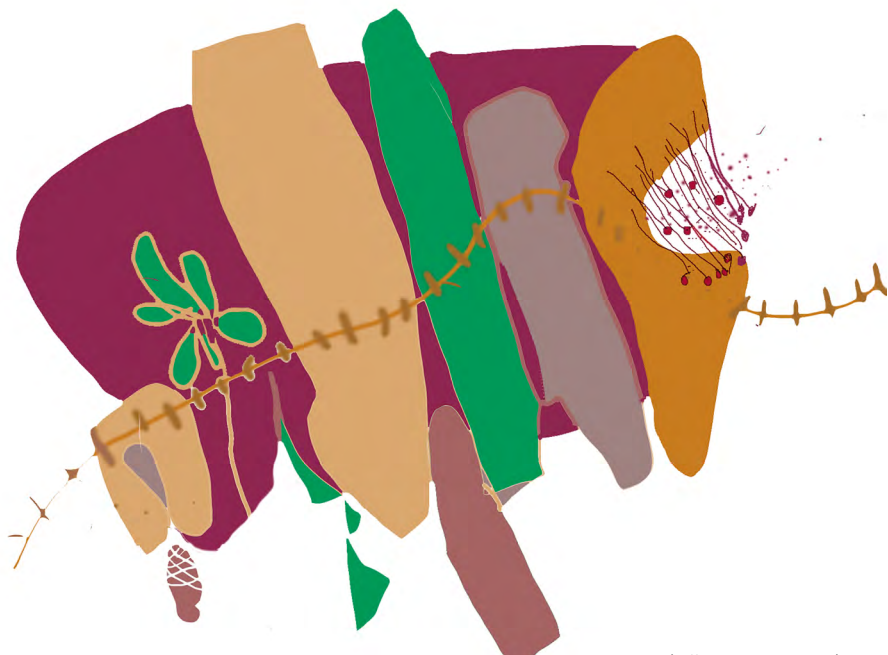


CUENTOS

# AGAPANTO

HARBEY DAVID OSPINA VILLAMARÍN



—¿Qué dice? —preguntó.

—Está muy triste —contestó Úrsula— porque cree que te vas a morir.

—Dígale —sonrió el coronel— que uno no se muere cuando debe,  
sino cuando puede.

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*

Siendo una mañana, como cualquiera de las muchas que ya había vivido en esta jaula, me vi sorprendido por el destello del sol casi a las 10, ¿las 10?, ¡las 10! No era común que ella olvidara destaparame quitando ese trapo de flores descoloridas que no olían a nada. Este trapo era mi favorito, realmente me cubría del frío y tenía un roto que me dejaba ver aquel reloj café y dorado de grandes números. Cada vez que marcaba las 7, las 7, ¡las 7!, empezábamos a cantar y ella sí que lo disfrutaba.

Viendo el reloj y comprobando que eran las 10:10, Amaranta me saludó con un gesto arrugado y la sonrisa de todos los días. Abrió la jaula y sacó las ramitas picoteadas y ya desabridas de nabo, el tarro del alpiste, las sobras de mi ponqué Ramito, y también ese bebedero de un verde horrendo. No quería que quitara el periódico porque no había terminado de leer la partecita que dejé sin cagar. Ella tomó las primeras hojas de periódico limpio que encontró, no se fijó si tenían grandes imágenes o letra menuda, tampoco sacó del tarro todas las cascaritas de alpiste sobrante, me puso dos ramitas viejas de nabo y olvidó poner mi ponqué Ramito.

Pensándolo bien, ese día salió de afán de la casa. A lo lejos escuché la voz de esa mujer, Margarita, con la que Amaranta a menudo gritaba. Supe que esa noche tendría que aguantar las quejas de siempre:

—Qué berraca preguntadera: que si me tomé las pastas, que si me estoy comiendo todo, que si estoy haciendo los ejercicios y que por qué no le contesto el aparato ese —le decía Amaranta.

En la tarde, cuando llegó, me pareció que no era la Amaranta de siempre: esta vez lucía un color pálido en su rostro, no puso a hacer el tinto de todos los días, tampoco se quedó absorta a ver la novela de las 3, las 3, ¡las 3! Era como si hubiese dejado algo de ella olvidado en el lugar al que salió esa mañana. La vi sentarse en su mecedora y durmió hasta la noche. El reloj café y dorado anunció las 8, las 8, ¡las 8! Se levantó con una paciencia y serenidad que no le conocía, a tal punto que me impacienté al percatarme de su demora para taparme. Era una noche fría.

Pronto entendí que esa noche no sería como las otras, no escuché a Amaranta silbar invitándome a hacer un dueto con ella, tampoco noté que reaccionara con la novela de las 9, las 9, ¡las 9!; ni se actualizó con los últimos chismes del día hablando por teléfono con la vecina. Todo esto me hizo recordar la última noche que vi a Jacinto. Por esos días la casa permaneció por largo tiempo en un silencio absoluto que solo se interrumpía con el llanto de Amaranta y las visitas esporádicas de gente que llegaba con flores: crisantemos, rosas y claveles; sin duda, las que mejor olían eran los narcisos: olían a campo y sol, olían a amarillo. Con ese recuerdo dejé que las horas pasaran y me eché a dormir.

Un grito interrumpió ese sueño, volando bajo un cielo de arreboles que nunca recordé del todo. Era un grito de Amaranta. De él pude identificar algunas palabras: pecho, me duele, respirar, no puedo. Supe que hablaba por teléfono porque gritaba el nombre de Margarita.

—¡Margarita, venga, me está dando algo!

Minutos después dejé de escucharla. No sólo su voz, también eran mudos sus pasos, y el golpecito de la puerta del baño a medianoche nunca llegó. El silencio fue interrumpido por un sonido que no escuchaba desde la última noche que vi a Jacinto, era una ambulancia, ¿sería la misma? Después, todo se convirtió en gritos, fuertes pasos, golpes metálicos y la ausencia de Amaranta. Mi desespero se hizo más grande cuando sólo veía las sombras detrás del trazo y las 12, las 12, ¡las 12! que me mostraba el reloj café y dorado a través del roto. Todo se hizo silencio una vez más.

Aquella madrugada de eterna espera recordé a Jacinto, gordo como siempre. Era la 1, la 1, ¡la 1! Siempre con su sombrero. Eran las 2, las 2, ¡las 2! Cantando desafinado *Y luego cuando somos dos, en busca de un mismo ideal, formamos un nido de amor, refugio que se llama hogar*. Eran las 3, las 3, ¡las 3! Con su pocillo rebosante de tinto. Eran las 4, las 4, ¡las 4! Viendo las noticias del mediodía. Eran las 5, las 5, ¡las 5! Su paquete de Mustang rojo en el bolsillo de la camisa. Eran las 6, las 6, ¡las 6!

De pronto escuché la puerta. Pensé que Amaranta estaba de regreso, pero pronto advertí que no eran sus pasos, ni tampoco su llanto, mucho menos su olor; en ese breve instante en el que vi pasar la sombra descubrí que tampoco era su cuerpo, sin duda era Margarita. Pasado un tiempo, el llanto imparable y la pregunta *¿por qué?* fueron la más clara señal de que ni Margarita ni yo volveríamos a ver a Amaranta. Cuando Margarita me quitó el trazo, me permití recordar una vez más a Amaranta.

Cómo me hablaba cada mañana a las 8, las 8, ¡las 8! Cómo cantábamos a las 9, las 9, ¡las 9! Cómo bailaba a las 10, las 10, ¡las 10! Cómo le gritábamos a la mala de la novela a las 11, las 11, ¡las 11! Todos los días hacíamos lo mismo, pero era evidente que ya no sucedería más.

Margarita abrió la jaula de par en par, sacó el periódico sin decir palabra alguna, con un gesto juvenil y sin sonrisa quitó sin mucho cuidado las ramas de nabo y los tarros de agua y alpiste, ahí eché de menos mi ponqué Ramito. Como pudo, puso todo de nuevo en su lugar. Se sentó por unos minutos en la vieja mecedora en la que Amaranta veía la novela, tomaba su siesta y se calentaba en esas tardes de buen sol. Noté que sus ojos vestidos con párpados hinchados me miraron un largo rato, después se secó las mejillas con la manga del saco, quizá se preguntaba qué podía pensar un pájaro en un momento así. Se levantó lentamente y vi cómo caminó decidida hasta mi jaula, uno de sus dedos quería colarse allí, y sin esperarlo me dijo:

—Camíname, porque si lo dejo aquí solo, mi mamá me mata.

